

—Después de recibir esos golpes ¿es posible quedar encinta?

—No son los golpes lo que impide estar encinta, sino el comer demasiado. Llenas tu vientre de toda clase de alimentos; un niño no tiene ya sitio para germinar.

—Se diría que no te he dado nunca nada.....

—¡Pse! ¡Niñas! replicaba Ignat, con despecho. Me hace falta un hijo, ¿comprendes? un hijo, un heredero á quien pase mi capital, después de mi muerte. ¿Quién orará por mis pecados? ¿Lo he de dar todo á los conventos? ¡ya han recibido bastante, ya basta! ¿Dejártelo todo á tí? ¡Ah! ¡tú eres una famosa devota!... Aun en la iglesia no piensas más que en guisos, y si yo muero, te volverás á casar... y mi dinero pasará á algún imbécil. ¿Para eso he de trabajar? ¡Dimel!

Y una gran tristeza le invadía, pues sentía que, sin un hijo para sucederle, su vida no tenía objeto.

En nueve años de matrimonio su mujer había dado á la luz cuatro niñas, pero todas murieron. Ignat, que esperaba su nacimiento temblando, lloraba apenas su muerte; le eran inútiles.

Desde el segundo año de su matrimonio, pegaba á su mujer. Y al principio sólo le pegaba cuando estaba borracho, sin cólera, sencillamente para adaptarse al refrán popular: «Ama á tu mujer como á tu alma y sacúdela como á un peral».

Después de cada alumbramiento inútil, un odio invencible se elevaba en su alma y entonces le pegaba con delicia, vengándose de que no le hubiese dado un hijo.

Se encontraba en el gobierno de Samara, cuando recibió un telegrama de sus parientes, anunciándole la muerte de su mujer. Hizo la señal de la cruz, meditó y escribió á su compañero Maiakin:

—«Enterrad sin mi presencia; vigilad mis intereses».

Fué en seguida á la iglesia, hizo decir una misa, y después de haber rezado por el eterno descanso del alma de la difunta Aquilina, juzgó que lo más indispensable para él era casarse de nuevo lo más pronto posible.

En esta época tenía cuarenta y tres años. Buen mozo, ancho de espaldas, hablaba con voz de sochantre; bajo sus cejas negras las miradas de sus grandes ojos eran inteligentes y resueltos; en su cara curtida, cubierta en parte por una espesa barba negra, y en toda su persona potente, había una gran belleza, puramente del país, sana y ruda. Sus movimientos, su paso altivo y lento confirmaban sus fuerzas y una sólida confianza en sí mismo.

Agradaba á las mujeres y no las rehuía. No había pasado un año aún desde la muerte de su mujer, cuando pedía la mano de la hija de una persona con quien le ligaban relaciones comerciales, un cosaco del Don, de la secta de los Morlacinos. Fué bien recibido á pesar del apodo de *Chiflado*, con el que se le conocía hasta en el Ural. Trajo á su mujer con él por otoño. Se llamaba Natalia, una moza, de grandes ojos y una gran mata de pelo rubio; era todo lo que convenía al bello Ignat. Él unía á su amor, al mismo tiempo que la altivez, la ternura apasionada del sér robusto y superior en fuerzas.

Sin embargo, al cabo de poco de tiempo empezó á observarla con atención.

Apenas si aparecía ya la sonrisa en el rostro oval, de gestos regulares y severos, de la joven. Constantemente parecía absorta en vagos pensamientos, extraños á las cosas mundanales; sus grandes ojos azules, siempre fríos y tranquilos, estaban á veces sombríos y hostiles. Cuando no la ocupaban los menesteres del hogar, se sentaba en la ma-

por habitación de la casa, cerca de la ventana, y allí se estaba inmóvil, silenciosa dos ó tres horas seguidas.

Su rostro estaba vuelto á la calle, pero su mirada, profundamente abstraída, era indiferente á la vida y al movimiento del mundo exterior: parecía que miraba dentro de sí misma.

Sus pasos también eran raros. Natalia iba y venía en las vastas habitaciones de la casa, lentamente y con precaución, como si algo invisible impidiera la libertad de sus movimientos.

La casa estaba amueblada con lujo abigarrado y pesado; todo brillaba y denotaba una gran fortuna. La cosaca pasaba por entre las porcelanas y las vitrinas llenas de figuras de plata de puntillas, como si temiera que estos objetos la cogiesen y extrangulasen.

La vida tumultuosa de una gran ciudad comercial no parecía interesar á esta mujer grave y taciturna y cuando á veces salía en coche con su marido, sus ojos se fijaban constantemente en la espalda del cochero. En la sociedad, que frecuentaba á instancias de Ignat, conservaba la misma figura extraña. Cuando venían á su casa invitados, ponía todo su esmero en recibirles convenientemente; pero no ponía ningún cuidado en la conversación ni marcaba preferencia por ninguno. Sólo el compañero de su marido, Maiakín, inteligente y jovial, hacia á veces salir á su rostro una sonrisa indecisa como una sombra.

Decía él, hablando de ella:

—Es un leño... no es una mujer. Pero la vida es como un braceró incandescente; todos arderemos. Esta molacaina arderá á su vez, esperad, démosle tiempo. Entonces veremos cuál es la flor que la hará desvanecer.

—¡Eh! ¡pequeñita! decía Ignat. ¿En qué piensas?

¿Es qué guardas la nostalgia de tu aldea cosaca? Es necesario vivir más alegremente.

Ella callaba y les miraba con aire plácido.

—Vas demasiado á menudo á la iglesia. ¡Espera un poco! Tienes mucho tiempo para hacerte perdonar tus pecados... Primeramente comételes. Tú sabes perfectamente que, cuando no se peca, no se hace penitencia, no se es dichoso... Deberías pecar ahora que eres joven. ¿Vamos á paseo?...

—No tengo ganas.

Se sentaba á su lado, la enlazaba entre sus brazos; pero ella permanecía inerte y no respondía sino fríamente. El buscaba entonces sus miradas y le preguntaba:

—Natalia, ¿por qué estás triste? ¿Te aburres conmigo?

—No, respondía ella brevemente.

—¿Qué tienes, pues? ¿Tienes ganas de volver á los tuyos?

—No, eso pasará...

—¿En qué piensas?

—No pienso.

—¿Entonces qué es?

—Soy así...

Una vez pudo obtener una respuesta más amplia:

—Tengo algo, aquí, en el corazón .. algo... vago... y en los ojos también... Me parece que nada de todo esto es real...

Hizo un gesto con la mano, para indicar todo lo que la rodeaba; los muebles, las paredes, todo. Ignat no dió importancia á sus palabras, pero le respondió riendo:

—¡Qué locura! Todo es de verdad... todos los objetos son caros y sólidos. Pero si tú lo deseases, los quemaría, los vendería, daría todo y compraría otros. Vamos á ver, ¿quieres?

—¡Para qué! respondió tranquilamente.

Ignat no comprendía como esta mujer tan joven, tan fresca, viviese así como entontecida, no deseando nada, no yendo á ninguna parte, salvo á la iglesia, y evitando á todo el mundo.

Y empezaba á consolarla.

—¡Espera un poco!... Tendrás un hijo y tu vida cambiará completamente. Es porque tienes muy pocos cuidados, por lo que estás tan aburrida; pero él te dará demasiados... ¿Verdad que tendrás un hijo?

—Como Dios quiera... decía ella bajando la cabeza.

Pero bien pronto su humor empezó á reflejarse en su semblante.

—¡Vamos! Molacaina, ¿por qué pones esa cara? Parece que andas sobre agujas... y cuando miras diríase que has cometido un crimen. Eres una sin gustos.

Un día Ignat venía medio borracho y se puso á acosarla con sus caricias. Como ella las rehusase, irritado, exclamó:

—¡Natalia, no seas imbécil, ten cuidado!

Ella se volvió hacia él y le preguntó con calma:

—¿Y qué sucedería?

A estas palabras y ante la mirada resuelta de su mujer Ignat se puso furioso.

—¡Cómo!—exclamó avanzando hacia ella.

—¿Es que te atreverías á pegarme quizás?—respondió ella, sin moverse de su sitio y sin bajar la vista.

Ignat, acostumbrado á que todo temblase ante su cólera, encontró humillante su calma.

—Espera... gritó levantando el brazo sobre ella.

Sin aceleración, pero con ligereza, esquivó el golpe, y después, cogiéndole por el brazo le rechazó y sin alzar la voz, le dijo:

—¡Si me tocas, no me reuniré jamás á tí! No lo soportaré.

Sus grandes ojos se achicaron y su brillo penetrante y agudo devolvió á Ignat su sangre fría. Comprendió en la expresión de su rostro que ella también era un animal vigoroso, y que, si tal era su voluntad, no retrocedería.

—¡Fu! ¡fu! ¡arisca! murmuró él.

Y partió.

Acababa de ceder, pero no quería que se repitiese; no podía concebir que una mujer, y sobre todo la suya, no se doblegase ante él: esto le había humillado. Se dió cuenta inmediatamente de que su mujer no cedería ya en nada y que entre ellos se iba á entablar una lucha testaruda por la supremacía.

«¡Está bien! Vamos á ver quién será el más fuerte», se decía al día siguiente, echando una ojeada á su mujer con una curiosidad sombría; y en su alma se encendía ya un violento deseo de emprender la lucha para gozar más pronto del triunfo. Pero cuatro días después de esta escena, Natalia anunció á su marido que estaba encinta.

Ignat tembló de alegría, la apretó con fuerza entre sus brazos y le dijo con voz sorda:

—¡Bravo, Natalia... si fuese un hijo! Si es un hijo lo que das á luz, te cubriré de oro. ¿Qué digo? Seré tu esclavo. Lo juro ante Dios. Me arrastraré á tus pies y harás de mí lo pue te plaza.

—No está eso en nuestra mano, sino en la de Dios, dijo ella con voz persuasiva y dulcemente.

—¡Sí, Dios! exclamó Ignat con amargura.

Y bajó tristemente la cabeza.

A partir de este momento, cuidó á su mujer como á un niño.

—¿Por qué te sientas cerca de la ventana? Ten cuidado no vayas á coger una pulmonía, le decía él con mezcla de severidad y ternura. ¿Por qué corres por las escaleras? Puedes dar un mal paso... Come por dos, para que tenga bastante...

El embarazo puso á Natalia más inaccesible y más silenciosa que de costumbre. Parecía enteramente entregada á sí misma, como absorta por la palpitación de una nueva vida bajo su corazón. Pero la sonrisa de sus labios se hizo más significativa y en sus ojos brillaba á veces un resplandor nuevo, indeciso y tímido, tal como la primera claridad del alba.

Cuando llegó por fin el momento del parto, era la mañana de un día de otoño, al primer grito que escapó á su mujer Ignat palideció y quiso decir algo; pero hizo sólo un movimiento con la mano y salió de la alcoba, en la cual su mujer se retorció presa de los dolores. Bajó á una pequeña habitación en el piso inferior, que había servido de capilla á su madre. Allí pidió aguardiente y se sentó con aire sombrío ante la mesa y empezó á beber, prestando oído incesantemente al ruido que agitaba la casa y á las quejas que venían de arriba.

En un rincón del cuarto, débilmente iluminado por la luz parpadeante de una lamparilla, se distinguían las efigies de santos indiferentes y negros. Y arriba el ruido de pasos, que cruzaban el cuarto, el de muebles que se varían de su sitio, choque de vajillas, mientras que por las escaleras los criados corrían desenfrenados... Todo se hacía de prisa, y el tiempo pasaba lentamente. El oído de Ignat percibía voces ahogadas.

—Parece que no saldrá del paso sin ayuda... Será necesario enviar á la iglesia y hacer abrir las puertas del tabernáculo.

En la habitación inmediata de aquella en que se encontraba Ignat, entró de repente Vasuchka, una mujer que él albergaba por caridad y se puso á rezar siseando, pero aun bastante alto:

—¡Dios grandel... tú que te dignaste bajar del cielo sobre la tierra y nacer de la santa Virgen...

Tú que conoces la miseria de nuestro sér... ten piedad de tu sierva...

Y de repente, por encima de los demás ruidos, oyóse un gemido que no tenía nada de humano y que llegaba al alma seguido de un grito prolongado, que atravesaba lentamente las habitaciones de la casa, perdiéndose en los rincones en los que las sombras crepusculares se esfumaban alegremente.

Ignat arrojaba desfallecidas miradas á las santas imágenes, suspiraba trabajosamente y pensaba:

«¿Es posible que sea otra niña, aun?»

A veces se levantaba, quedaba inmóvil en medio del cuarto y hacía silenciosamente el señal de la cruz, inclinándose extraordinariamente ante las imágenes; después volvía á sentarse cerca de la mesa y bebía aguardiente, que en estos momentos no le emborrachaba y sólo le hacía dormir. Pasó así toda la tarde, y toda la noche y también la mañana del siguiente hasta el medio día. Por último vino á verle la portera y con voz chillona y alegre le gritó desde lejos:

—Te felicito, Ignat Matveitch. Es un niño.

—Mientes, dijo él sordamente.

—¿Y qué tienes tú, padre?

Aspirando entonces el aire con toda la fuerza de sus pulmones, Ignat cayó de rodillas pesadamente y con voz temblorosa, balbuceó, las manos apretadas contra el pecho:

—¡Dios sea alabado! No has querido que mi raza se extinguiese. Mis pecados no quedarán sin sufragio ante tí... ¡Gracias, Dios mío!

Y levantándose acto seguido, se puso á dar órdenes en alta voz:

—¡Andando! que vayan inmediatamente á San Nicolás á buscar al sacerdote. Decid que es Ignat Matveitch quien envía por él. «Venid, se le dirá, á hacer la plegaria por la parida».

En este momento apareció el ama de gobierno con aire inquieto.

—Ignat Matevitch, dijo, la señora le llama á usted, se siente mal...

—¿Cómo mal? ¡Eso se pasará! murmuró alegremente, los ojos encendidos. Decidle que voy en seguida. Decidle que es una gran mujer. Decidle: «Va á venir en seguida, va en busca del regalo y vuelve.» Espera. Preparad de comer para el pope... Id en busca de Maiakin.

Su gran talla parecía aún haber crecido; ebrio de alegría iba de un lado á otro del cuarto como loco; sonreía, se frotaba las manos y echando miradas cariñosas á los santos, hacía mil veces la señal de la cruz con movimientos desmesurados... Por último pensó ir en busca de su mujer.

Allí, lo que primero atrajo sus miradas fué un bultito rojo que la partera lavaba.

Percibiéndole, Ignat púsose de puntillas y con las manos atrás se aproximó, andando con la mayor precaución, los labios contraídos en una mueca tierna y ridícula. El pequeño gemía y manoteaba en el agua, desnudo, endeble, interesante y digno de lástima.

—¡Eh! tú... no le aprietes tan fuerte. Ya sabes que todavía no tiene huesos, dijo Ignat en tono bajo á la partera.

Esta se echó á reír, abriendo una boca desdentada y haciendo pasar diestramente al pequeñuelo de una mano á otra.

—Vete más bien al lado de tu mujer...

Se volvió dócilmente hacia la cama y preguntó:

—¿Y bien, Natalia?

Después aproximándose, echó á un lado los cortinajes, que hacían sombra.

—No sobreviviré... gimió una voz enronquecida.

Ignat se callaba, mirando fijamente el rostro de su mujer, enterrado entre la blancura de las almo-

hadas, en las cuales, parecidas á serpientes muertas, se deslizaban los mechones de sus cabellos.

Amarillo, lívido con manchas negras alrededor de los ojos, inmensamente abiertos, aquel semblante estaba desconocido.

Un presentimiento fatal le sobrecogió y paró los alegres latidos de su corazón.

—Eso no es nada; es siempre así, dijo dulcemente, inclinándose para besar á su mujer.

Pero ésta continuaba su gemido:

—No sobreviviré...

Sus labios estaban cenicientos, fríos y, cuando él aproximó los suyos, comprendió que la muerte se apoderaba de ella.

—¡Gran Dios! murmuró aterrado, sintiendo que el espanto le apretaba la garganta y le impedía respirar. ¡Natalia!... ¡Eh! ¿qué va á ser de él?... ¡Pero le hace falta el pecho! ¿Qué haces?

Faltó poco para revolverse contra ella. Alrededor de él iba y venía la partera: agitaba en el aire al niño que lloraba y le hablaba con voz acariciadora; pero Ignat no oía nada y no podía apartar sus ojos de la faz espantosa de su mujer. Sus labios tartamudeaban palabras débiles y lentas, cuyo sentido era imposible percibir. Sentado en el borde de la cama, decía con voz sorda y tímida:

—Piensa que no puede pasarse sin tí. Es un niño. Debes animarte, dejar esos pensamientos... no pienses más...

Hablaba, aunque comprendía que sus palabras eran inútiles. Las lágrimas se apoderaron de él y sintió en su pecho algo pesado como una piedra y frío como un témpano.

—Perdóname... adiós... cuidale... ten cuidado... no bebas... murmuraba Natalia en un suspiro.

El sacerdote vino y cubriéndole el rostro con un velo bendito, empezó á recitar suspirando las palabras dulces y suplicantes:

—«Señor Todopoderoso, tú que curas todos los males, á esta pobre mujer que acaba de parir, á tu sierva Natalia, envía la cura y levántala del lecho de dolor, en que reposa. Según la frase de David: *Concebidos en el pecado, somos todos impuros ante tí*».

Calló la voz del anciano. Su flaco semblante era severo y sus hábitos olían á incienso.

—«Preserva al niño, nacido de ella, de todo infierno, de toda desgracia, de toda tempestad... de espíritus malignos, día y noche»...

Ignat escuchaba la plegaria y lloraba sin ruido: sus gruesas y ardientes lágrimas caían en el brazo desnudo de su mujer. Pero probablemente este brazo ya no sentía nada, pues la epidermis ya no experimentaba el más ligero temblor.

Concluida la plegaria, Natalia perdió el conocimiento y el segundo día murió sin decir nada á nadie; murió con el mismo silencio en que viviera.

Después de haber hecho grandes funerales á su mujer, Ignat bautizó á su hijo y le nombró Tomás. Con el corazón afectado se resignó á darlo á la familia de su padrino Maiakín, cuya mujer acababa igualmente de dar á luz. En la barba oscura y espesa de Ignat, la muerte de su mujer sembró varios hilos blancos y en la mirada sombría de sus ojos apareció una nueva expresión, tierna, límpida y acariciadora.

## II

Maiakín habitaba un caserón de dos pisos, con un gran jardín, donde viejos y robustos tilos extendían orgullosamente su ramaje. Espesas ramas cubrían con su encaje compacto y sombrío las ventanas de la casa y el sol no atravesaba sino muy difícilmente por este cortinaje, con sus rayos oblicuos y vacilantes. En las habitaciones, pequeñas, llenas

de toda clase de muebles, reinaba siempre una obscuridad triste y severa.

La familia era muy piadosa: un olor de incienso, de cera y de aceite de las lamparillas llenaba toda la casa. Suspiros de penitentes, rumores de plegarias flotaban en el ambiente. Los ritos se cumplían con una puntualidad rigurosa, con delicia; en ellos se encontraba la fuerza de alma de la casa. En esta atmósfera oscura y sofocante se movían sin ruido bultos de mujeres vestidas de negro, calzadas con fieltro, teniendo siempre en la cara una expresión contristada. La familia de Jacob Tarasovitch Maikain se componía de él, de su mujer, de su hija y de cinco parientas, de las que la menor tendría treinta y cuatro años. Todas eran igualmente piadosas, sin voluntad y sumisas á Antonia Ivanovna, la dueña de la casa, una mujer alta, delgada, de rostro sombrío y ojos grises, severos, donde brillaba una mirada imperiosa é inteligente.

Maiakín tenía también un hijo, Taras; pero su nombre no era nunca pronunciado en la familia. Los íntimos sabían que á la edad de diecinueve años Taras había ido á Moscou á hacer sus estudios, que contra el gusto de su padre se había casado tres años más tarde y que Jacob lo había repudiado. Después Taras desapareció por completo; se decía que había sido enviado á Siberia por un delito cualquiera.

Jacob Maiakín ofrecía un aspecto poco común. Era pequeño, delgado, muy vivo, de barba corta, de un rojo fuego, recortada en punta y ojillos verdosos, que parecían decir: «No os inquietéis; aunque os comprendo perfectamente y me dejáis en paz, consiento en no delataros». Su cabeza, desmesuradamente grande, tenía una forma cónica. Su frente surcada de arrugas en todos sentidos se confundía con su cráneo calvo, y hubiérase dicho que este hombre poseía dos caras: la primera que todo el